

CUENTO SEMANAL



EL AMANTE DE CORAZÓN

Historia de unos amores ilegales "vista y oída"

PR ANTONIO ASENJO

Ayuntamiento de Madrid

30.ents

El Cuento Semanal

SE PUBLICA LOS VIERNES

2 2 2

OFICINAS: Fuencarral, núm. 90.--MADRID

Apartado de Correos 409.

Director literario: EMILIO CARRERE

AÑO V. — 4 de Agosto de 1911. — NUM. 240

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias: Trimestre, 3,50 pesetas.
Semestre, 6,50 pesetas. Año, 12. Extranjero: Semestre
10 pesetas. Año, 18.

Anuncios á precios convencionales.

Número suelto: 80 céntimos.

Fotografía, BOLA, 12, planta baja

Esta nueva casa, sucursal de la de YO, cuenta con grandes salones para toda clase de trabajos, y especialmente para BODAS, cumpliendo cuanto ofrece, que es: 6 americanas y una ampliación de 30 por 40, grupo de dos personas, por 17 pesetas.

Presentando este anuncio da 7 por 6

Un kilométrico, hasta 3 personas, 3 pesetas

Abierto hasta las DOCE de la noche.

PASTILLAS CRESPO de Mentol y Cocaina

Su preparación esmerada y exacta dosificación las acredita desde hace más de 15 años como el mejor medicamento para la garganta, el más agradable de tomar y el mayor calmante DE LA TOS. No contienen opio ni sus compuestos; no ensucian el estómago y quitan la inflamación de las mucosas.

Pesetas, 1'50 la caja

Por mayor: PEREZ MARTIN VELASCO Y C.º

MADRID, Calle de Alcalá. 7, MADRID

IMPRENTA ARTÍSTICA ESPAÑOLA



MADRID
SAN ROQUE, 7
1911

REMEDIO DIVINO

ANTIRREUMATICO infalible en todas las manifestaciones de tan general y molesta enfermedad. Su éxito es seguro; á la primera fricción atenúa el dolor por intenso que sea, y con muy pocas más desaparece. Su uso es fácil, cómodo y de positivo resultado.

Pesetas, CINCO el frasco

Antinervioso HOWARD

Tónico incomparable, de eficacia indiscutible (probada durante muchos años) para corregir las alteraciones del sistema nervioso. Su preparación en píldoras facilita el uso y no hay NEURASTENIA que se resista á su poder. Rechácese toda caja que no sea de lata y carezca del nombre de sus propietarios.

Pérez Martín Velasco y Comp.º

LEASE BIEN EL PROSPECTO



NUESTRO NÚMERO PRÓXIMO PUBLICARÁ

UN DROGUERO Á SIETE PICOS

POR LUIS HUIDOBRO

Ayuntamiento de Madrid

ANTONIO ASENJO

EL AMANTE DE CORAZON

Breve historia de unos amores ilegales
"vista y oída" por Antonio Asenjo

Ligera advertencia

Lector, si pasas de estas líneas, si continuas leyendo, encontrarás una «breve y donosa historia de amor mundano» que tiene por escenario este adorable Madrid en que yo he nacido.

No es esta narración compendio de «literatura de la buena», sino unas cuantas escenas que, á juicio mío, tienen el valor que les da el ser un fiel trasunto de realidad. A todos los personajes que se mueven y hablan en «esta historia», los conoces de antiguo. Ellos son tipos popularísimos en Madrid, á los que alguna vez habrás saludado y quizá estrechado su mano, y ellas son de sobra conocidas. Si quieres verlas de nuevo, vé á la «cuarta de Apolo», al «paseo de coches», á cualquier *music-hall* en día de debut y las recordarás. Yo he procurado «servírtelos en su propia salsa» y con sus pasiones, con sus odios, con su típico y estrafalario léxico...

La decoración representa un gabinete coquetón, con muebles de palo rosa. En un ángulo se ve un hermoso Roniush, casi cubierto por un abigarrado pañolón de Manila. Encima de éste, dos pares de crócalos con cintas de colores, y en la pared, colgada, una guitarra, estrechita de caja y firmada por «el rey de las *sonantas*, Paco Aguirre». En el centro de la habitación, una mesa de nogal con tapete de encajes. Varios cuadros pintados al óleo y adquiridos á esos marchantes que van por los cafés, completan la decoración de este gabinetito.

En esta casa vive Doña Manolita, una mujer de mucho mundo, de edad indefinida á causa de su extrema obesidad y de los untos y afeites del cabello y del rostro. Fué en su juventud una cocota de mucho nombre, y tuvo por amantes á todos los que en su tiempo se distinguieron por algún concepto. Por esto la llamaban en su época «la Diosa Actualidad». Los años la retiraron de la circulación, y á pesar de haber tenido trenes, brillantes y hoteles, vive ahora gracias á la pensión que la pasa un bravo general, oculto en un

do de lo mucho que se quisieron y de lo no poco que ella le ayudó en su carrera.

Doña Manolita podía vivir con su criada, sin depender de nadie, pero no olvida su juventud, y en su saloncito reúne todas las tardes unas cuantas amiguitas y unos cuantos amiguitos. Allí no se hace nada pecaminoso; sólo se toma algo y se bebe algo. Doña Manolita está encantada cuando arregla una parejita. Por mediación de ella, á toda la que quiere se la abre el camino, para después poder vivir con holgura. Antes iba un ratito el general; está tan viejo... y, además, la gota. Con el militar ya no se puede contar como no «sea para pedirle dinero.

Al levantarse la cortina están en escena Doña Manolita, sentada en una butaca, y de pie, ojeando un periódico de toros, tres *entretenidas*, Lili, Pepita la Ansiosa y Amalia la Califa. A poco entra en escena el Chulo de la onda, famoso amante y organillero. Ambas profesiones le producen lo suficiente para ir vestido como un figurín y para visitar en *manuela*, á diario, á sus numerosas relaciones. En la calle, un piano de manubrio deja oír su música canalla.

Hablado

PEPITA

(Mirando el periódico.) ¡Chiquillas! ¡Mía que se pone guapo este torero pa entrar á matar!

AMALIA

Las fotografías mejoran, ¿verdad, Lili?

LILI

No creo que tengas na que decir de él, porque es el «rey» en «la hora de la verdad», se acuesta en el morrillo y «da mete toda».

AMALIA

Toda. Si que pones tú fantasía. No te creo,

chica; cuida ése mucho de conservar sus facultades.

PEPITA

Tiene razón ésta. Son más moñosos los toreros... Son más delicaos que una recién parida.

LILÍ

Amos, como pasar, no pasa na. Lo que ocurre es que sa menester estar loca para exponerse á perderlo tóo por un vivales como ese. ¡Toma, y si al menos te quisiera!...



(Dejan el periódico encima de la mesa. Amalia se asoma á la calle levantando los visillos de encaje de uno de los balcones.)

LILÍ

(A Amalia.) ¿Qué, estás admirando cómo mueve el manubrio tu amor?

AMALIA

Sí. ¿Qué pasa?

AMALIA

¿Pero tú sabes si me quiere ó no me quiere? Primero y principal, que yo tengo lo que me da la repotente gana, y segundo, que me cargan los señoritos.

PEPITA

Tienes razón, chica. Todos los días salmón y resbiff y Burdeos y champán, cansan. De en cuando, en cuando, gusta una botella de la bode-

guilla para remojar unas patatas con bacalao. La cuestión es estar á gusto.

AMALIA

Además, que ese no me enamora, le enamoro yo, que no es lo mismo; ¿qué te parece? Le quiero y mucho. ¿Que me pide dinero? ¡Natural! ¿Qué hacemos nosotras? ¡Lo mismo! Es un compañero sin pamplinas y sin finoleras.

LILÍ

Bueno, y cuando te pone los ojos negros á tortazos, ¿es un compañero?

AMALIA

Le sobra la razón; porque yo, pa probar si me quiere, le doy más que motivos pa salir en los papeles. Además, ¿no le hace falta al campo que el cielo lllore para que crezca la hierba? Pues al cariño le sucede lo mismo: es preciso llorar pa quererse. Y, sobre todo... ¡que ya está bien! Dejar tranquilo al macho, que ha comido berros. *(Abre el balcón y echa monedas á la calle. El piano cesa de tocar la jota y se oye una habanera. Amalia hace señas con la mano de que suba uno de los pianistas.)*

PEPITA

Chica, no hagas caso: es envidia.

AMALIA

No, ¡si tiene mal tipo mi novio!

LILÍ

¡Monoplano!

AMALIA

¡Y con tres rubies! *(Suena el timbre.)*

LILÍ

Ya le tienes ahí; ¡cómprale un dirigible para los domingos!

AMALIA

Las alturas le dan vértigo. *(El chulo de la onda entra como en país conquistado y sin quitarse la gorra.)*

CHULO

(Con energía.) ¿Qué quieres?

AMALIA

Nada, chico, verte más de cerca.

CHULO

¿Y para eso me has hecho subir? *(Con displicencia.)* ¡Mía que eres pamplinosa!

AMALIA

No creo que hayas perdido ninguna posta de postín. *(Se ponen juntos á hablar bajito; al final de la conversación, ella va hacia la mesa, abre su portamonedas, coge unas monedas y se las da.)*

PEPITA

Oye, ¿jugamos un poco al julepe?

AMALIA

¡Bueno! *(Al chulo.)* ¿Quieres jugar?

CHULO

Es un juego casero, de burgueses; yo, cuando me pide el cuerpo jugarme la luz, me la juego al monte ó al cané, ¡como los buenos!

AMALIA

No te apures, que como me se arregle una martingalita que le tengo prepará al senador, juegas tú este verano en el casino de San Sebastián á los caballitos.

CHULO

No entiendo ese juego; pero me gustaría ir de veraneo na más que pa quitarle los moños al Segoviano, que, porque le habla á una de esas que salen en los cines con unos zorros liaos á las caderas, está, chica, que ni que se hubiese casao por la iglesia con la Chelito. *(En la calle, el piano vuelve á tocar la jota.)*

AMALIA

¿Otra vez la jota? Toma, Pepita, echa esa peseta para que varíe el cilindro.

PEPITA

(Tomando la peseta y echándola por el balcón; inmediatamente cambia el cilindro y toca otra pieza.) ¡Pues sabes tú qué el modo de avisar se las trae!...

LILÍ

Oye, niño, ¿eres de Calatayud?

CHULO

Yo soy de la parroquia de las chinches. ¡Una tontería! *(Dándole mucha importancia.)* ¡De San Lorenzo el achicharrao!

LILÍ

Pues le tienes un cariño á la jota, hijo...

CHULO

¡Natural! Es el primer aviso para que sus sa-

cuadris las piastras con gracia, que pa eso las ganáis bien descansadamente.

LILÍ

¡A ver si te quiebras tú trabajando, que de vago que eres, se te ondula el pelo!

AMALIA

No las hagas caso. (A ellas.) ¿Es envidia ú caridad?

LILÍ

Es... ¡muy buen tipo tu novio!

CHULO

Bueno, niña, hasta luego. Y á ver si me voy á estar, como anoche, dos horas hablando de Canalejas con el sereno, porque no es por tientos, que es por tarantas. Y esta es la segunda advertencia que te hago.

AMALIA

¿Pero es que no sabes que el senador es un pelmazo que se queda dormido en el filo de una espada.

CHULO

(Marchándose.) A ver si te tengo que regalar un despertador de fresno cincelao. (Se marcha sin despedirse de nadie. El piano vuelve á tocar la jota.)

PEPITA

Suena el timbre. ¿Será algún amigo?

AMALIA

Además, que yo, para los cuatro días que voy á vivir, quiero darle gusto á mi cuerpo. Dice mi médico que estoy cardíaca.

LILÍ

¿Tú? ¡Vamos, que tendría gracia que te murieras del corazón, cuando en jamás de la vida lo has tenido!

AMALIA

Bueno, callaros, porque oigo hablar á «la dama de las camelias».

PEPITA

¡Chiquilla, te guaseas de tu sombra! ¿Quién es la novia de Armando?

LILÍ

¡Quién va á ser, Trinidad. No le falta más que escribir en los diarios para quitarle la cabeza á Colombine.

(Entran en escena Trinidad y Juan Antonio. Son novios y han regañado. Trinidad es una hermo-

sisima cocota, morena, con el pelo teñido de rubio, casi bronceado; es alta, arrogante, de amplio seno y pequeña cintura. Viste un traje entravé, color marrón con adornos de piel; guantes de seda, color perla: sombrero del mismo tono que el traje, en forma de cazuela, con dos Amazonas hermosísimas, una blanca y otra color vino de Burdeos. Adorna sus inverosímiles orejas con unos pendientes de brillantes y zafiros en forma de triángulo. En el centro del pendiente oscila un solitario calibrado colgante de un hilo de platino. En el brazo izquierdo luce un hilo de oro que sujeta un diminuto relojito rodeado de brillantes y rubies. Completa la figura de esta mujer galante un microscópico paraguas con puño de oro, cuyo remate es un ópalo. Juan Antonio es un muchacho de veintitrés años, moreno, con el pelo ondeado. Viste á la última moda. Lo mismo tararea el racconto de «Lohengrin» que se baila una farruca. Es, en fin, un buen mozo, que algunas veces ha explotado su belleza varonil.)

TRINIDAD

¿Qué calladas os habéis quedado! ¿Me estabais cortando un traje? Seguid, no seáis tontas. De sobra sabéis que me gustan de hechura de sastre.

AMALIA

Hoy vienes de mal talante. ¿Qué te pasa?

TRINIDAD

¿A mí? ¡Nada!

LILÍ

¿A que has pisado mala hierba? (Reparando en que tiene muchas ojeras.) Oye, ¿tienes un cardinal en el ojo?

TRINIDAD

(Muy tranquila.) Me quiere mucho éste para que me señale. ¡Como tú los ostentas con orgullo!

PEPITA

Pues mira, una torta á tiempo gusta más que un bizcocho.

TRINIDAD

Allá cuidaos. Ten la seguridad que un tiro, una puñalada ó una bofetá no tienen, ni con mucho, el mismo poder que un dolor de corazón.

LILÍ

No te falta ni un verano para ser herofna de folletín. (A sus compañeras.) ¿Os quedáis? Yo voy á la Elipa á tomar un vermouth; os convido.

PEPITA

Aceptado. Además, que á ésta conviene dejarla sola; es partidaria de la solidaridad. ¿No se dice así?

LILÍ

No, mujer; de estar sola, querrás decir.

TODOS

Adiós, Manolita. *(Desde la puerta, riéndose.)*
Mirarlos, los amantes de Teruel.

PEPITA

Bueno, de eso. Ya sabes que á mí no me ha

AMALIA

Tonta ella...



tirao la escuela. ¡Pa lo que sirven los estudios!...
Cuanto más sabes, más disgustos tienes.

AMALIA

¡Oye tú, pasmao, alégrate, que á los vagos de
real orden les va á pensionar el gobierno! *(Se
rien las tres amigas.)*

JUAN ANTONIO

¡Qué locas estáis! Que Dios os conserve el
buen humor.

LILÍ

Déjale, chica, que como siga así lo canonizan.
Por mucho menos hemos adorado á San Expie-
to, y era un santo del boro.

LILÍ

Y tonto él. *(Salen.)*

DOÑA MANOLITA

Gracias al Señor que se han marchado. Ha-
bía puesto la escoba boca arriba. Son unas locas,
pero con buen fondo. Bien. Y á vosotros, ¿qué
os pasa? ¿Por qué estáis tan mustios?

TRINIDAD

Nada, que tenemos éste y yo que arreglar una
cuenta bastante complicada.

DOÑA MANOLITA

¡En un momento, no estorbar! *(Guña un ojo truhan-
nescamente y se dispone á marchar.)*

JUAN ANTONIO

(Levantándose y muy nervioso.) Puede usted quedarse; así como así, usted conoce de sobra todas nuestras cosas...

DOÑA MANOLITA

De todas maneras, os dejo. Con tres mimos que la hagás, loca perdía.

Daré una vuelta por la cocina, que si no está una encima de las criadas, te despillarán el aceite, el carbón... todo. Que no sea cosa de cuidado. (Se marcha.)

TRINIDAD

No he querido que acabáramos de regañar en casa, por no darle más disgustos á mi madre, que bastantes le has dado.

JUAN ANTONIO

¡Pobre señora! (Con guasa.) ¡Y con lo que me quiere!...

TRINIDAD

Demasiado te quiere. Pero no es esta ocasión de discutir á mi madre, sino de que arreglemos lo nuestro.

JUAN ANTONIO

Por mí, arreglado del todo. Se hará lo que quiera la señora. (Con sorna.) ¿Está la señora conforme?

TRINIDAD

Bueno, quedamos en eso. En que tú no vuelves más por mi casa. Es lo mejor. Así, sin riña, sin escándalo. Ni tú sufres ni yo paso malos ratos. Mira, Juan Antonio, tenía que pasar y ha pasao. Eso sí, yo soy la misma para ti. A ver si en una temporadita te ingenias y dejo yo de estar aperreá... pero dentro de una temporadita. (Pausa.) ¿Lo ves? ¿Lo ves cómo no te ha dado un soponcio, que eres más cómico que Moncayo.

JUAN ANTONIO

¡Un soponcio! ¡Un soponcio! No me da, ¡qué me ha de dar! Tengo encalleció el corazón. Pero qué le hemos de hacer, paciencia; ya estarás contenta, ya estarás ancha, y tu madre también lo estará. Y la verdad es que tenéis motivo para poneros más alegres que unas castañuelas. Yo os perjudicaba mucho, yo era muy malo...

Mira tú si soy malo, mira si te he querido malamente, que me ofendía que el aire rozara tu cara. Esa cara tuya, que es más bonita... ¡Pero qué hacerle! Será una desgracia, pero es verdad. En cuanto que huelo un capullito de clavel, en cuanto que quieren los demás ponérselo en el ojal.

TRINIDAD

Estás poético. Cómo se conoce que ha entrado

la primavera. El disgusto te ha inspirado. Vamos, que si llego á atender tus consejos...

JUAN ANTONIO

Será mejor que atiendas al embajador, á ese tío carcamal, que es más viejo que la Sinfo, que es todo cuanto se puede decir.

TRINIDAD

Bueno, bueno, déjate de rutinas. Si es viejo, mejor. Además, que no es tan anciano. Echa la cuenta, nació el año cuarenta y nueve...

JUAN ANTONIO

¿Antes de Jesucristo? Presume, ponte tonta, que es un pollito.

TRINIDAD

Te he dicho que mejor. Y sus billetes, ¿son de antes de Jesucristo? ¡Pues no! Y te advierto que los nuevos tienen pintado el Palacio Real, y te advierto que valen cuatro mil reales. Para esos es mi cariño. El mundo es un tío vivo; no le des vueltas. Juan Antonio, que, sin Don Dinero por delante, no se va á parte alguna.

JUAN ANTONIO

Eso dice tu madre, esa buena señora...

TRINIDAD

Echa el freno, pára el motor y deja en paz á mi madre, pues sobre que siempre que me la mientas no es para alabarla, ella es mi madre y tú no eres más que mi Juan Antonio, ahora, y dentro de unos días, ni mío siquiera. Mi madre ataba al embajador, y tiene motivos que le sobran desde la punta del pie hasta la punta del pelo, que bien sabes tú, y t' costa, que sin él no hubiéramos pagado la casa, que sin él ni tendría yo ropa, ni tendría yo brillantes, ni tendrías tú...

JUAN ANTONIO

¡Trinidad, Trinidad, no me calientes que!...

TRINIDAD

¡Qué más quisieras! ¡Que me querías para ti solo! Tuviera que ver. Si me llego á fiar de tus palabras, tenemos á estas horas que poner por metros el crespón en la hornilla. ¡Mía que eres ilusorio! Lo que digo es que te dejes de tonterías. Billetes, billetes y billetes. Que los trae el embajador, bueno; que los trae el verdugo, mejor. Así como así, cuando mi madre va á la plaza y cambia un pápiro de diez duros, no la pregunta el carnicero quién se lo ha dado, ni tú mismo me lo has preguntado muchas veces.

JUAN ANTONIO

Tienes razón. Sí, es verdad. Pero dime, ¿no me decías que me querías á mí solo? ¿Y no sabías de sobra que yo no tengo billetes, que no los tenía cuando te conocí? ¿Para qué me has engañado?

TRINIDAD

¡Pero mira que eres tonto! Si yo no te he engañado. Si te digo lo mismo. Si te quiero igual que antes, á ti solo. ¡Que se me salten los ojos si te miento! ¡Que no vuelva á ver un billete en mi vida! Lo que ha pasao es que tú te has acostumbrado mal; que no eres el mismo de antes; que me has aburrido, y que si seguimos por el camino que vamos, voy á perder los billetes y tu cariño. Y digo que voy á perder tu cariño, porque en cuanto vuelvas á meter la patita, ¿verdad que la metistes el otro día, ciélin?

JUAN ANTONIO

No me pude contener, perdóname.

TRINIDAD

Pues cuando se vive como tú vives conmigo, hay que dejar los nervios detrás de la puerta, ó si no, comprar una mujercita para ti solito. ¿Te enteras, monín, que me atontas de puro lindo que eres? Pero á lo que estamos, tuerta. Te decía que si vuelves á meter la patita, que no tiene duda que volverá á suceder si no nos separamos, se marcha el embajador, y entonces nos quedamos como en los romances, hélicos y viviendo de pan y cebolla, y sobre que la cebolla llama á las lágrimas y yo no tengo ganas de llorar, al mes saldríamos en el *Alrededor del Mundo*, más delgados que el cuerpo de San Isidro el Labrador. Y esto, esto no nos conviene á ninguno de los dos. En cuanto que te serenes te convencerás

JUAN ANTONIO

Pues acabemos. (*Pasea nervioso por la habitación.*) Cada uno por su lado, y si te vi, no me acuerdo.

TRINIDAD

No, hombre, no, que no es para tanto. Ya me vendrás á ver alguna que otra vez.

JUAN ANTONIO

¿Quién, yo? Ciego me quede antes. Que seas muy feliz con tu embajador.

DOÑA MANOLITA

(*Entrando.*) ¿Qué, duran aún los monos?

JUAN ANTONIO

(*Muy nervioso y agitado.*) No, señora. Ya conoce usted el genio de ésta, que se disiente no

niéndole á uno los nervios de punta. (*Coge su sombrero y se dispone á marchar.*)

DOÑA MANOLITA

¿Pero vais á estar siempre lo mismo? Se conoce que es muy dulce hacer las paces. No sé cómo os divierte el refir.

JUAN ANTONIO

Pero si ahora no reñimos, ni estamos enfadados siquiera, ¿verdad, nenita? Y aunque lo estuvieramos. ¡Mala ficha! (*Hace un esfuerzo, saca el pañuelo como si fuera á limpiarse el sudor, se lo lleva á la frente. Se seca las lágrimas y sale muy de prisa.*) ¡Adiós, Trinidad, Adiós!

TRINIDAD

(*Levantándose y llegando muy de prisa hasta la puerta por donde ha salido Juan Antonio.*)

DOÑA MANOLITA

¿Habéis tarifao?

TRINIDAD

¡Para toda la vida!

DOÑA MANOLITA

¡Eso, ya lo veremos! Le tienes tú á ése metido muy dentro. No sale fácilmente.

TRINIDAD

Sí que le quiero. Más de lo que usted se figura. En nada ha estao que no saliera corriendo detrás de él. Pero no puede ser, Manolita, no puede ser; es mi ruina. ¡Me hizo el otro día una faena!... Gracias á que Don Olegario no ve más que por mis ojos, que si no...

DOÑA MANOLITA

Ni á San Bernardino, porque no eres de Madrid. Es lo mejor que has hecho. Fíjate en mí. Yo he tenido brillantes, coche, hotel. A mí se me puso un día en el moño ir á una recepción de Palacio, en los buenos tiempos de Doña Isabel...

TRINIDAD

¿Y fué usted á Palacio?

DOÑA MANOLITA

¡Naturalmente! Era yo muy guapa. No tanto como tú. Pero chica, me enchulé, como se dice ahora, y si no es por un antiguo amiguito, el general, tú le has conocido, y por vosotros, que honráis mi casa, no sé qué hubiera sido de mí. Es decir, sí lo sé. A estas horas ya tendría una cuartera de malvas encima de la tripa. Que has de saber que me he visto muy desesperá y con dos cajas de cerillas en un real de aguardiente.



TRINIDAD

¡Manolita, por Dios, no me encoja usted el corazón, que estoy en este momento más triste que el conserje de un cementerio!

(Entran Carmelita y la Sinfo. Vienen del paseo; se quitan los sombreros y las levitas y los guantes, tirándolos sobre uno de los divanes.)

DOÑA MANOLITA

Temprano venís hoy, niñas.

CARMELITA

Antes debíamos de haber venido. ¡Hola, Trinidad! ¿Estás triste? ¿Qué tienes? ¿Te pasa algo?

LA SINFO

Cosas de Juan Antonio, ¿verdad? Ahora le hemos visto por ahí bajo. Chica, yo creo que va llorando.

TRINIDAD

(Emocionada.) ¿Dices que va llorando?

CARMELITA

Iba con el pañuelo en los ojos.

DOÑA MANOLITA

Se le habrá metido una china. Los hombres no lloran.

LA SINFO

Cuando quieren de veras, ya lo creo que lloran. ¿No los ha visto usted llorar nunca?

CARMELITA

(Muy guasona.) Doña Manolita no los ha conocido de esos. Cuando la pretendió Godoy, no lloraban; entonces eran los hombres de pelo en pecho, ¿verdad, Manolita?

DOÑA MANOLITA

Bueno, dejarme á mí de lilailas y dejar á ésta, que si ha reñido con Juan Antonio, será porque le habrá convenido.

LA SINFO

Bueno, vamos á hablar de otra cosa, á ver si se te pasa la morriña.

DOÑA MANOLITA

¿Qué, no habéis estado en el paseo?

CARMELITA

Sí, pero nos hemos aburrido de lo lindo. ¡Qué indecente está el paseo! Cada vez peor. Si vas al Retiro, te da cien patás el publiquito. A un lado los niños. ¡Qué asco de niños, que no viniera

TRINIDAD

Si quieres que regañemos, avisas, porque yo no tengo ahora nada que hacer, y en cuanto al padre de mis hijos, puede que parezca cuando el tuyo, que ya me han dicho á mí que es el que asesinó á la Vicenta Verdier.

DOÑA MANOLITA

¿Queréis callaros? Tú Sinfo, continúa con lo del paseo.

LA SINFO

Tiene razón ésta: entre niños, niñeras, militares sin graduación y comerciantes enriquecidos, se ha puesto aquello que da gana de no ir.



Herodes! Mira, cuando los veo subirse en los tranvías, me da unas ganas de que los espanchurre... ¡Qué pelmazos de niños!

TRINIDAD

¡Valiente mala idea! No sé qué disgustos te pueden dar á ti los niños, como no sea por que tú no los puedes tener...

CARMELITA

Gracias á Dios que has abierto la boca. Yo no puedo tener niños porque mis dineros me ha costado. ¡Será mejor tener dos, como tú, que tienen atá y aperreá!

TRINIDAD

¿Y qué? Gracias á ellos, me afano. Que no sabes tú muy bien, porque no lo has pasao, los consuelos que siente una madre cuando lleva un billete para sus pequeños.

CARMELITA

Y, además, si siquiera tuviera un padre.

CARMELITA

Reirnos sí que nos hemos reído un rato. Vaya unos sombreros, confeccionados en casa por madama Manazas. *(Se rie exageradamente.)*

DOÑA MANOLITA

En mi tiempo sí que estaba aquello hermoso. Allí nos reuníamos lo mejor de Madrid.

CARMELITA

Pues no te digo nada de la Castellana... aún está más cursi. De hombres, no me hables: el vizconde, que no tiene linda; el baroncito, que en cuanto te descuidas ya te ha abierto el portamonedas y te ha birlao un duro, y unos cuantos pollos de la Peña y del Casino, boquerones perdidos, que si los ponen boca abajo no se pueden tomar un Moka en el Kanananga más barato. Ese es el personal del sexo fuerte. Di que nosotros vamos para que vean que tenemos un billete para el milord, que si no, no íbamos; y, claro está, de camino le damos á más de cuatro postmuras en la cabeza, que murmuran porque

ésta vive en mi casa. Peor está que vaya el novio de la Trini á casa de ese marqués que dicen que es...

TRINIDAD

Siempre estáis con las tijeras en la mano.

DOÑA MANOLITA

Bueno, mujer, no lo tomes á pecho; las cosas tienen importancia según quien las dice. ¿Le vas á hacer el mismo caso á una cualquiera que á la duquesa de la Pana, pongo por caso? ¡Pues claro que no! Oye, ¿estaba en el paseo tu duque?

CARMELITA

¿Mi duque? ¡Qué va á estar! Ha tenido que regalar el fosterrier porque lo tenía desmayao. Fijate: me ha dicho Lolita, la chiquilla de las flores, que le debe siete duros de violetas.

TRINIDAD

¡Pues hija, ni que hubiera comprado la Granja del Atanor!

LA SINFO

Os digo que aquello güele á reunión de casa acomodada con camilla y todo. ¡No, no quedaba más que ver! ¿Qué creéis que ha hecho esta tarde una señora, que por cierto llevaba un buen tren?

DOÑA MANOLITA

¿Qué?

LA SINFO

¡Pues ha sacado el pecho y se ha puesto á darle de mamar á su chiquillo! Lo que os digo, que se está poniendo pero que la mar de imposible. (Suenan el timbre de la puerta de la calle.)

DOÑA MANOLITA

De seguro que es Don Pepito. ¡Quiera el Señor que sea él para que refresquemos!

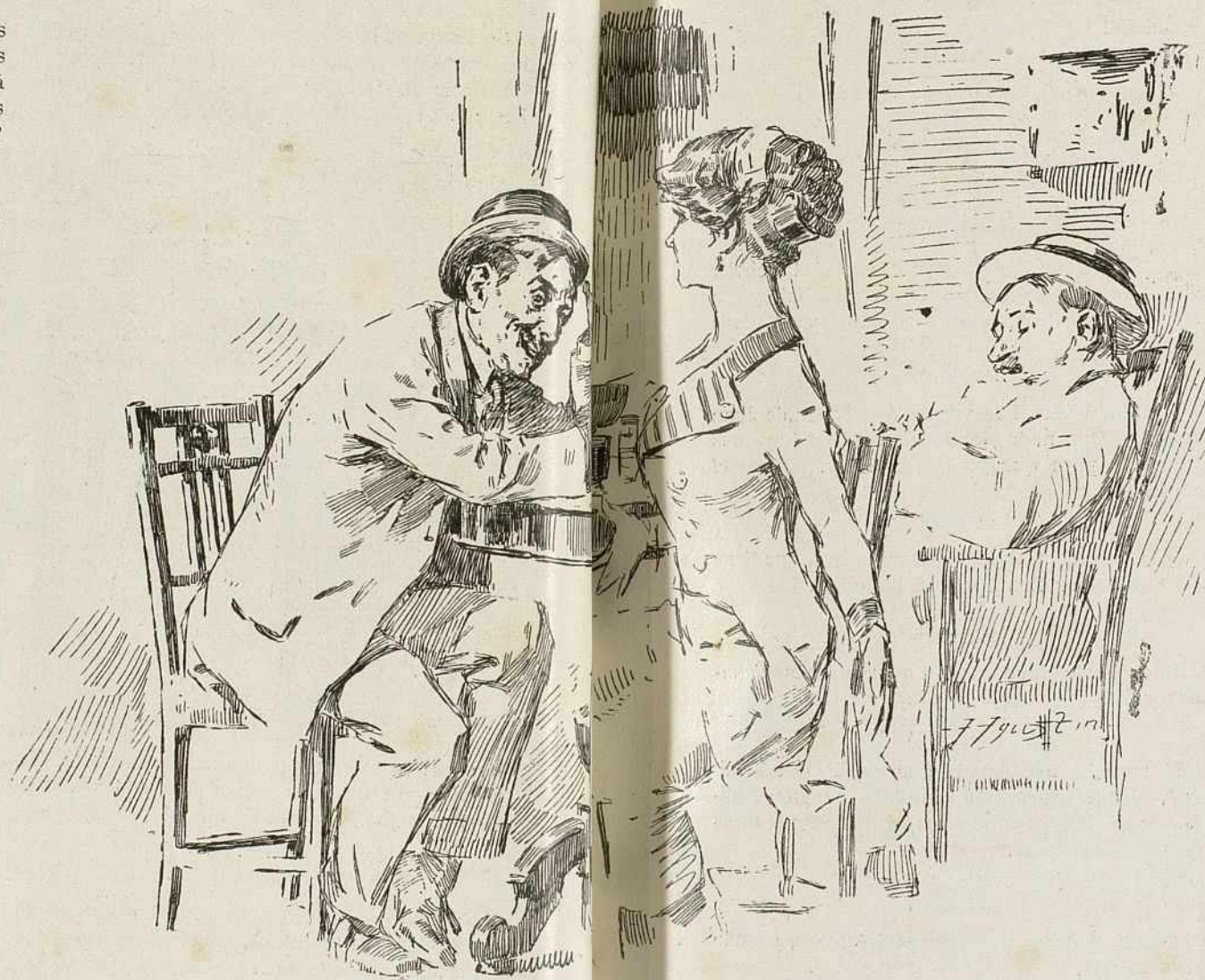
(Don Pepito es un tipo muy corriente en Madrid; andaluz de temperamento y de nacimiento muy rico y muy mujeriego. Vino á Madrid, y al amparo de su riqueza y de la protección de un político andaluz, muy amigo suyo, fué primero concejal, después diputado y en la actualidad senador vitalicio. Está muy gordo y padece la enfermedad del sueño. No es viejo aún. Va siempre acompañado de su secretario, Ricardito, un joven muy avisado, paisano suyo, dicharachero é ingenioso, que tiene conomicilancias con todas las amantes de Don Pepito y que es el que disfruta la influencia, la posición y la fortuna de su jefe. Es un sinvergüenza vestido á la «dernière» y con pase de libre circulación en los tranvías y en el salón de conferencias.)

RICARDITO

(Entrando.) Pero que muy buenas tardes, niñas.

TODAS

¡Hola, Ricardito! (Se acercan á Don Pepito, le quitan el sombrero de la mano y le hacen muchos mimos.)



DON PEPITO

¡Niñas, qué calor! (Se sienta en una butaca.) Si no fuera por este rincón, que es una nevera...

TRINIDAD

Y que lo digas. En cuanto entra Ricardito, corre un viento... Se pone esto más aireado que el alfo del León.

RICARDITO

No te metas conmigo, que te va á pesar.

TRINIDAD

¿A mí? Nopí. Quitame el tario que me pesa.

DON PEPITO

¡No regañéis! Si Ricardito te quiere bien. ¿Verdad, Manolita?

DOÑA MANOLITA

Es claro. Lo que pasa es que ésta tiene hoy un

aquellos compañeros tienen que vivir como algunas plantas, en estufas. (Se rie.)

DOÑA MANOLITA

Estaba usted mejor en el Congreso, ¿verdad?

DON PEPITO

Mucho mejor. Allí está la juventud, la alegría. Pero ya veis, le convino al jefe del partido que cediera mi distrito á un amigo íntimo de su mujer, y tuve que sacrificarme. (Se vuelve á reir.) Toma, y esto no es lo peor, sino que, creyendo que me hacían un favor, me dieron una senaduría vitalicia y me han reventado para toda la vida. (Se rie exageradamente.) Vosotras, que me conocéis, decidme: ¿qué hago yo con Esteban Collantes ó con Rodríguez San Pedro? Chiquillas, estoy condenado á lata perpetua. Y Amalia, ¿no ha venido?

TRINIDAD

Estará en el paseo. ¿La habéis visto vosotras?

CARMELITA

No, allí no estaba. Creo que ha cumplido anteayer el de la Onda, por eso tardará.

DON PEPITO

¿Que ha cumplido el de la Onda? A ver, á ver. Carmelita, explicame eso, que debe de tener mucha gracia. (Se rie estúpidamente.)

TRINIDAD

(Que estaba hablando con Ricardito.) Es un primo hermano suyo que estaba sirviendo al rey. ¿No te lo ha contado nunca?

DON PEPITO

No, y me extraña, porque todo me lo cuenta. (Se rie.) Me contó unos amores que tuvo con un sinvergüenza que la dejó sin clavos. (Se rie.) ¡Antes de conocerla yo! Ahora ha senlado la cabeza. ¡Es más graciosa!... (Se vuelve á reir. Habla bajo con doña Manolita.)

TRINIDAD

(A Ricardito y á Carmelita.) Si no meto un capote á tiempo, se entera de todo. ¡Mira que eres mala!

RICARDITO

Me hubiera alegrado. Es lo que se merece por tener un novio organillero.

CARMELITA

Mira, Trinidad, amor con amor se paga; peores faenas me ha hecho ella á mí.

TRINIDAD

No tardará; ya lo verás.

disgusto, pero sin importancia. ¡Valiente tonta! Y diga usted, Don Pepito, ¿no ha ido usted al Senado hoy?

DON PEPITO

Sí, hija, sí; pero allí me aburro. Cualquiera aguanta á Azcárraga. Es más pesado que la Encarna. (Se rie exageradamente.)

DOÑA MANOLITA

Pues, hijo mío, será de plomo.

DON PEPITO

Pues y ese conde de Casa-Valencia. No me habéis del Senado que me pongo negro. Todos

DOÑA MANOLITA

Estuvo aquí antes y preguntó por ti.

RICARDITO

¡Pero con qué cinismo mientes, Manolita!

DON PEPITO

Tengo ganas de verla. Hoy reñimos. *(Vuelve á reir.)*

DOÑA MANOLITA

¿Por qué?

DON PEPITO

Porque me ha puesto en ridículo. *(Se rie exageradamente.)* Oye, Manolita, que traigan algo fresco.

DOÑA MANOLITA

Lo que quieras, rey de esta casa. *(Se va Doña Manolita.)*

(Ricardito se sienta á la mesa, coge la baraja y se pone á hacer un solitario.)

DON PEPITO

¿Qué haces, Ricardo?

RICARDITO

Me voy á enredar con un solitario.

TRINIDAD

Chico, en vez de solitarios, ¿por qué no consultas tu sino y suerte por los pajaritos sabios?

DON PEPITO

¡Qué graciosa! *(Se rie.)* Dejarle que se entretenga. Veréis. Figuraos que hace un año que

DOÑA MANOLITA

(Entrando.) Aquí está el refresco, rey de esta casa. Curaçao, champagne y hielo.

TRINIDAD

¡Una ovación para Manolita!

DON PEPITO

Concedida. Echa el refresco en la ponchera. *(Doña Manolita echa el curaçao sobre el hielo en la ponchera, descorcha el champagne y con una cuchara de cristal revuelve el contenido.)*

TRINIDAD

La verdad es que tienes buena pasta.

DON PEPITO

Qué quieres, hija, sois mi debilidad. Pues si no fuera por vosotras, pobrecitas mías, ¿cómo aguantaría yo al obispo de Sión, al obispo de Madrid y al obispo de la Seo de Urgel, que me

dan la lata á cuatro voces, de acuerdo con el señor Labra?

DON PEPITO

Voy á echar mi siestecita. Si viene Amalia, que no me vea dormido, que luego me llama marmota.

TODOS

¡Ja! ¡ja!

DON PEPITO

Y guardarme un poco de refresco.

DOÑA MANOLITA

¡No faltaba más, rey de esta casa!

RICARDITO

(A Trinidad.) Oye. ¿Qué le pasa á tu novio, que le he visto por la calle triste, cabizbajo y con el pelo suelto? Chiquilla, ni que fuera un héroe de novela.

TRINIDAD

Bueno; á ver si te vas tú á guasear de Juan Antonio. Que nada tiene que ver que hayamos regañado para que yo le tenga ley. *(Beben el refresco.)*

LA SINFO

(A Trinidad.) Chica, nos marchamos, que tiene ésta que estar en un sitio á las cinco.

TRINIDAD

Pues hasta luego. ¿No queréis más champagne?

CARMELITA

No; ya hemos tomado una copa. Oye, Trinidad, tú que tienes más confianza con Don Pepito, despiértale para que nos dé un duro; le dices que es para coche.

RICARDITO

Tomar el duro; yo se lo pediré luego, cuando se despierte.

LA SINFO

Gracias, Ricardo.

RICARDITO

Bueno. ¡Valiente cosa!

CARMELITA

Tú eres testiga, Trinidad, de que nos ha dado un duro.

TRINIDAD

¿Por qué dices eso? No será porque pienses devolvérselo. ¿Verdad?

CARMELITA

Lo digo porque cuando se despierte Don Pepito

le dirá que nos ha dado en su nombre un duro... á cada una. (*Marchándose.*) Hasta luego.

RICARDITO

Adiós, buenas personas. (*A Trinidad.*) ¿Con-
que has tarifado con Juan Antonio?

TRINIDAD

Para *sécula seculorum* amén.



RICARDITO

Estás más loca que un cencerro.

DOÑA MANOLITA

Voy á dar una vueltecita. Ahí os quedáis; ya
veréis lo que hacéis, que Don Pepito se ha
dormido.

TRINIDAD

No tenga usted cuidado, que Ricardito está
asegurao de incendios. (*Se marcha doña Ma-
nolita.*)

RICARDITO

Pues, chiquilla, yo creía que Juan Antonio te
convenía mucho.

TRINIDAD

¡Qué me tiene de convenir! Todo lo contrario.

No me ha *dao* más que disgustos; no me ha
buscao más que perjuicios.

RICARDITO

Creo que te equivocas, mujer. Yo ya sabes que
no quiero discutir contigo. Tú eres una guaso-
na que has tomado la vida á *chufía*, y cuando
discutes conmigo no quieres más que buscarme
la lengua.

TRINIDAD

¿Quién? ¿Yo? ¡No es por ahí! ¿Qué más qui-
sieras tú! Lo que a mí me pasa es que yo quiero
disfrutar. Bastante he sufrido, y los padeceres
me han convencido de que tire para arriba, tire
para abajo, me he de morir; así es que me diver-
tiré lo que pueda.

RICARDITO

Pero sin un hombre á tu lado que te quiera de
veras, ya sabes cuál va á ser tu final.

TRINIDAD

Sé lo que me vas á decir. ¡Lo he oído tan-
tas veces! Que el fin mío será una cama en
el santo Hospital. Me da lo mismo. Eso lo he
leído yo en una novela que echaron por de-
bajo de la puerta de mi casa. ¿Que acabo en un
santo Hospital? ¿Que me llevan en el furgón?
¡Mejor! Si muero pobre, que es lo más fácil,
nadie me podrá quitar lo *bailao*. Y si no, acuér-
date de mi pobre hermana. Bonita como una
onza, graciosa, trabajadora, *honrd.* Todo lo te-
nía. ¿Y qué? En cuanto amanecía Dios, se sen-
taba en la Singer, y cantando como un pájaro,
dale que le darás al pedal de la máquina, sin
descansar más que el tiempo preciso para tomar
una *bocao*. Hecha siempre una azacana para no
sacar más de siete reales diarios. ¿Y todo para
qué? *Pa* no faltarle al vago de Emilio, que se
pasaba el día de *tasca* en *tasca*, dando pases de
pecho á las banquetas y entrando á matar en
cuanto veía un *bisté* con patatas. Mi hermana,
como sabes, estaba *encantá* de la vida, creía que
su hombre iba á ser un Guerrita. ¡Un Guerrita,
y no es capaz de darle un recorte á un borracho
atao á un farol!

RICARDITO

Pero ella, ¿le quería?

TRINIDAD

¡A cegar! ¿Pero qué ha *adelantao*? Morirse
á los veintitantos años, tísica de tanto trabajar
y sin haber visto más mundo que un cuarto in-
terior de la calle de la Comadre, ni comer más
manjares que bacalao con patatas, y eso cuando
repicaban gordo. Déjame con mis teorías, que
yo me entiendo y bailo sola.

RICARDITO

Pero tus teorías son inadmisibles. No com-

prendes que si todas las mujeres pensaran como tú, pues adiós virtud, honestidad, honradez...

TRINIDAD

¡Honestidad! ¡Honradez! ¡Virtud! Qué palabras más sonoras y más vacías. Hablemos, Ricardito, de otras cosas, que hoy parece que has leído *Maria, ó la hija de un jornalero*.

RICARDITO

Volvamos á Juan Antonio. ¿Por qué has regañado con él?

TRINIDAD

Sencillamente porque me hace sufrir.

RICARDITO

Ya conoces el refrán: «Quien bien te quiera...»

TRINIDAD

(*Interrumpiéndole.*) Me hará reír, y si no que no me quiera. Además, dime: ¿Para qué servirían las mujeres honradas si no estuviésemos nosotras en el mundo? Si todas fuéramos iguales estarían ellas en baja, porque has de convencerte que para ser honrada no hace falta absolutamente nada; para no serlo, lo menos que hay que tener es la cara bonita.

RICARDITO

No te falta razón. Pero no me negarás que el verdadero amor, el que sale del corazón, ni piensa como tú ni se vende.

TRINIDAD

(*Riendo.*) Eres de lo más tonto que he conocido. No he visto otro más ilusorio. Qué engañado vives. ¿Que el amor no se vende? Hay para reírse todos una semana. Mira, Ricardito, el amor es una finca. Unas la alquilan por meses, por trimestres, por años; otras, al casarse, venden la finca, cediendo todo su derecho mediante un contrato, y otros toman el amor como una finca de recreo. La mujer que tenga un poco de talento debe ceder el amor en plazos cortos, pero prorrogables, sin olvidar algún ratillo de recreo. Lo que no se debe hacer es vender la finca para toda la vida, y mucho menos, imitar la conducta de mi hermanita, que la pobre no sacó ni para las reparaciones.

RICARDITO

No sé cómo Juan Antonio te ha podido tomar en serio. Eres una locuela.

TRINIDAD

Pues el que me quiera me tiene que tomar como soy. Así pienso, y, Dios mediante, así pensaré en lo sucesivo. Tanto, que una hija tengo, y antes de dedicarla á un oficio...

RICARDITO

(*Interrumpiéndola.*) No disparates, chiquilla, no disparates. Además, que todo eso está muy bien; lo que no me explico es tu regaño con Juan Antonio; él te quiere, me consta, y que es bueno también lo sé á ciencia cierta.

TRINIDAD

Claro que me quiere y es bueno; pero no tiene *linda*, y además, cada día es más exigente. Ya sé yo lo que él querría. Que yo me estuviese en casa, sin salir, con una bata, poniéndome muy gorda, comiéndonos los cuatro cuartos que yo tengo, y después á esperar el maná que nos cayese por la chimenea.

RICARDITO

Pero es que tú no conoces tus faltas, tus lunares.

TRINIDAD

¿Que tengo faltas? ¡Natural! ¿Que tengo lunares? ¡Qué duda! La mujer que no tiene un lunar se lo pinta.

RICARDITO

(*Mira el reloj.*) ¡Trinidad! ¡Las seis y media! Se pierde el tiempo agradablemente contigo.

TRINIDAD

Conmigo ya sabes que el tiempo es lo único que puedes perder.

RICARDITO

Despertemos á Don Pepito. (*Se levantan.*) Y lo (*Llamando.*) ¡Don Pepito! ¡Don Pepito!

DON PEPITO

(*Despertándose.*) Sánchez Alba, sí.

RICARDITO

¿Pero qué dice usted, Don Pepito?

DON PEPITO

Chiquillo, creía que estaba en el Senado, y como á todo digo que sí; os advierto que, apenas he descabezado el sueño, os he oído todo.

TRINIDAD

¿De qué hablábamos?

DON PEPITO

De la semana de aviación en Ostende, ¿verdad?

TRINIDAD

Pues mira, Ricardito, es verdad que no dormía.

DON PEPITO

Si no me duermo; son infundios de la Amalia. ¡Manolita! ¡Manolita!

DOÑA MANOLITA

¿Qué queriais, rey de esta casa?

DON PEPITO

Dime, ¿cuánto es el refresco?

DOÑA MANOLITA

Con un billete quedas á más altura que Ve-
drines.

DON PEPITO

(*Saca de la cartera un billete de diez duros.*)
Toma, y hasta la noche. ¡Cuánto siento que no
haya venido Amalia! ¿Será verdad lo del pri-
mo? Ricardo, vamos, que aún llevo á la vota-
ción definitiva del Vaticano.

DON PEPITO

Adiós, Trinidad. Si ves á Amalia, la dices que
estoy enfadado con ella (*Se rie*) y que ya la he
comprado pendentif. (*Se marcha riendo cómica-
mente.*)

DOÑA MANOLITA

¡Sabéis que teniais tela cortada para un rato!
¡Lo que habéis hablado!...

TRINIDAD

Es que, en hablando de Juan Antonio, lo com-
prendo, soy perdida, Manolita; le quiero mucho,
más de lo que yo creía, no puedo estar. Le tengo
metido en el alma, y no dejo de comprender que,
si seguimos, voy á tener que empeñar hasta el
velo del paladar.

DOÑA MANOLITA

Hazte la fuerte; será cosa de dos días.

TRINIDAD

No, señora; el querer de ese hombre ha echao
raíces en mí. ¡Si he visto lo menos á cuatro ni-
grománticas! ¡Si he tomao más polingues!... Y
cada día estoy más emperrá ¿Qué dirá usted
que he pensao?

DOÑA MANOLITA

Alguna barbaridad.

TRINIDAD

No, señora. Marcharme. Me voy á Biarritz.
Allí está el embajador, ya le conoce usted; le
pongo un telegrama y como un cordero. Le hago
cuatro cucamonas y que me lleve á París, al
Congo, donde nadie me hable de Juan Antonio,
á ver si puedo olvidarle y olvidándole descanso.

DOÑA MANOLITA

Eso está pero que muy bien pensao... Falta
una cosa.

TRINIDAD

¿Cuál?

DOÑA MANOLITA

Que no vayas á tu casa, porque ése, con el
pretexto de llevarse su ropa ó con cualquier
otro pretexto, va esta noche, no lo dudes, y
como lo veas, te convence y adiós mi dinero.

TRINIDAD

Tiene usted razón. Que se llegue la muchacha
y la diga á mi madre que no voy, y mañana cojo
un abrigo de viaje y quinientas pesetas y hasta
más ver. Voy á estar fuera de España media do-
cena de años.

DOÑA MANOLITA

Gracias á Dios que has tenido un momento de
reflexión. Vamos al comedor y que te preparen
la cena.

TRINIDAD

Vamos, pero yo no tengo ni pizca de gana.
¡Dios mío! ¿Qué me habrá dao á mí ese hom-
bre, que le veo con los ojos cerraos?

Es de día. Salió diez veces el sol desde que
Trinidad, desesperada, se marchó á Biarritz. En-
tretanto, Juan Antonio, para observar al pie de
la letra el adagio que dice «A rey muerto, rey
puesto», ha contraído relaciones con otra joven
«entretenida», á la que un viejo rico y sicalítico
ha metido en la danza de que debute en un
varietés. Se encuentran en esta calle, casual-
mente, la Sinfo, á quien ya conocemos de casa
de Doña Manolita, y Trinidad, que ha vuelto de
Biarritz; después de los besos de rigor, enta-
blan el siguiente diálogo:

LA SINFO

Querida Trinidad. ¿Cómo estás? ¿Cuándo has
venido? ¡Qué traje tan bonito! Ya nos dijo Ma-
nolita que estabas en Biarritz. ¡Chica, qué suer-
te tenéis las guapas... para vosotras es la vida!
¿Te has divertido mucho? (*Todo esto lo dice
muy de prisa.*)

TRINIDAD

Pareces una tarabilla descompuesta. Llegué
ayer de Biarritz, de ver la semana de aviación.

LA SINFO

¿Y tú, has volao?

TRINIDAD

Yo no; unos días por el aire y otros por el
motor, no ha volao nadie; es decir, sí, voló mi
amigo el embajador, ya le conoces. Yo me quedé
unos días más, y, por fortuna, no perdí el tiem-
po. ¿Y por casa de Manolita?

LA SINFO

La más espantosa soledad. Como aprieta el calor se han ido á baños los amiguitos que nos quedaban. Yo hace unos días que no voy. Esa Manolita es muy pesá. En cuanto no tiene dinero, y ya sabes que siempre está á la cuarta pregunta, te da unas tabarras...

TRINIDAD

¡Pobrecilla, se comprende!

LA SINFO

Si yo también lo comprendo; pero como no lo puedo remediar... Oye, ¿y cómo es que te fuistes sin decir adiós? Chica, te despedistes á la francesa.

TRINIDAD

Estaba desesperada; quería olvidar, y aquí, en Madrid, no podía; en todas partes se me representaban escenas que me hacían llorar; chiquilla, estaba imposible; así es que me dije, digo, cojo el pendingue, me marcho y si te vi no me acuerdo.

LA SINFO

Y qué, ¿has olvidao?

TRINIDAD

¡Qué voy á olvidar! Eso de que la ausencia mata el cariño es una copla pa unas soleares. Bueno, á otra cosa: ¿me acompañas, Sinfo?

LA SINFO

¿Vas muy lejos?

TRINIDAD

Cerquita, á casa de Antonia, la Bonita.

LA SINFO

Ya sé á lo que vas: á preguntar por tu Juan Antonio, ¿verdad? Chica, estás majareta perdía. ¿Qué tiene ese hombre, que vuelve locas á las mujeres, qué te ha dao? Es decir, que le has dao tú, porque Juan Antonio no da ni la hora.

TRINIDAD

No se ná, chica, me acuesto temprano.

LA SINFO

Bueno, ¿vamos á casa de la Antonia?

TRINIDAD

Vamos. Tengo la mar de ganas de saber de Juan Antonio; le he escrito desde Biarritz lo menos cuatro cartas y no me ha contestao.

LA SINFO

¿Eran certificadas?

TRINIDAD

No. ¿Por qué lo preguntas?

LA SINFO

Porque ya sabes que Juan Antonio no acusa recibo más que cuando llegan valores.

TRINIDAD

Mejor. Yo tengo que verle, y como sea verdad lo que me han dicho...

LA SINFO

No hagas caso; será algún chisme.

TRINIDAD

Que le habla á Lia, á esa escuerzo, que parece totalmente una perra grande de mojama. Te digo, chiquilla, que estoy más achingará... porque si fuera una mujer de postín... ¡tampoco me conformaba! Pero vamos, era más disculpable, ¿verdá?

LA SINFO

Te diré. Lia está muy bien comprometida, y en cuanto á tirar un billete, ya sabes que no repara, es castiza y, además que, como tu Juan Antonio está tan metalizao, pue que...

TRINIDAD

Te juro que eso se acaba, porque yo los he de infernar de manera que...

LA SINFO

Ya estás frente á la casa, como dicen en *La verbena de la Paloma*. Te dejo.

TRINIDAD

¿No subes?

LA SINFO

No. Tuve una tontería con Antonia por Angel, que la pidió unos cuartos en mi nombre sin yo sabêr palabra, y se puso tan pesá, chica, que se los tuve que pagar.

Me voy, no sea que me vea.

.....
Trinidad, y á poco la Antonia, la Bonita. Es una jamona de buen ver. De joven fué cocote, y de entonces procede el remoquete de la Bonita; pero como el tiempo no pasa en balde, ha tenido que dedicarse á fiadora. Lleva en un lío un mantón de Manila y un vestido de cupletista.

ANTONIA

¡Ojos que te ven! Ya sé que has estado en Biarritz; vienes guapísima. ¿Y cómo tú á la puerta de esta casa? Y tu madre tan gorda, ¿verdá? Y tus chicos tan guapos, ¿verdá? ¡Estás como nunca! ¡No pasan años por ti!

TRINIDAD

Todos bien, muchas gracias. En cuanto á la vi-



sita, no me lo agradezca usted: pasaba por ahí con la Sinfo...

ANTONIA

¡Valiente sinvergüenza; chica, no tié lacha! Pero sigue, que te he cortao el hilo. En cuanto que me la mientan no me puedo contener.

TRINIDAD

Pues na. Decía que pasaba por ahí y me ha cogío usted con un pie en el portal. (*Viendo el traje de cupletista y el mantón.*) ¡Qué mantón más hermoso y qué traje! ¿Para quién es?

ANTONIA

Para Lía, que se ha dedicao al cabo á cupletista; chica, está muy bien comprometida y habla con tu Juan Antonio. No parece sino que estaba en turno para ocupar tu puesto.

TRINIDAD

¿Con mi Juan Antonio? ¿Que habla con mi Juan Antonio? Es mío, ¿sabe usted?, mío; es para mí solita. Ese tiene que dejar á Lía, se lo juro á usted por el nombre que tengo, aunque me quedara sin clavos. No debo decirlo, pero le quiero más que á mis hijos.

ANTONIA

Pues estuvo aquí con ella y me dijo que le echaste de mala manera; yo creo que él te quie-

re, però ahora está muy bien y no me parece fácil que se lo arranques á Lía. Lo tiene hasta con abono de coche, conque calcula.

TRINIDAD

¡Pero si le he escrito desde Biarritz!

ANTONIA

¿Y te ha contestado?

TRINIDAD

No, señora; ni una mala postal.

ANTONIA

¡Como que ya te digo que está como los ángeles!

TRINIDAD

¿Quiere usted llevarle una carta que traigo escrita? Es para que vaya á la vaquería de la Castellana, para pedirle unas cosas que tiene mías.

ANTONIA

Lo que tú quieras; però ve prevenida, que esta vez me parece que te llevas chasco.

TRINIDAD

¡Eso lo veremos! Tome usted la carta y, por Dios, que se la dé usted esta misma tarde.

ANTONIA

Dentro de media hora; casualmente tengo que llevarle á ella ese vestido y el mantón, así es que aprovecho el viaje.

TRINIDAD

Muchas gracias, Antonia, y ya sabe usted dónde me tiene, y que yo soy siempre la misma.

ANTONIA

Ya lo sé, hija, ya lo sé. ¡Ah! Oye, tengo una caja de medias de seda, caladas, que dan miedo; son de ocasión; si no, no te las ofrecería; ¿quieres verlas? Subimos en un momento.

TRINIDAD

Ahora, no, que voy á cambiarme de traje.

ANTONIA

Para que te vea guapa, ¿verdad? ¿Te las llevo mañana á tu casa?

TRINIDAD

Bueno. Vaya usted temprano.

ANTONIA

De camino te llevaré un juego de ropa blanca con encajes de Almagro, chica, que son riquísimos. ¡Una ganga! Ya sabes tú que yo no comercio contigo. Que eres una debilidad, ¡preciosa!

TRINIDAD

Hasta mañana, y que no deje usted de darle la carta á Juan Antonio.

ANTONIA

¡Adiós, mala cabeza! Pero, señor, ¿qué tendrá ese Juan Antonio, que las alienta?

.....
La vaquería de la Castellana, lugar conocidísimo y que nos ahorra su descripción. Está cayendo la tarde. Juan Antonio espera sentado ante una mesa, y Trinidad se apea de un soberbio «milord», que queda á la puerta, esperándola.

JUAN ANTONIO

(*Levantándose y estrechando la enguantada mano de Trinidad.*) Ya es hora que te vea, Trinidad. Por poco no te quedas á vivir en Biarritz. Temía que te afrancesaras.

TRINIDAD

No tengas miedo. De sobra sabes que soy muy española. (*Sentándose.*) Pide una copa de chartreux para mí. No he lardado tanto: total, diez días que he faltado de Madrid. Se han pasado en un abrir y cerrar de ojos.

JUAN ANTONIO

Ya me han contado. ¡Qué suerte tenéis las bonitas! Un príncipe ruso, un par inglés y tu embajador. No comprendo cómo te entiendes con esa gente. Y todo en diez días. ¡Te digo, chiquilla, que eres un estuche!

TRINIDAD

Ya sabes que yo soy muy lista. Y habiendo en Madrid la Alge y la Berlitz, no pierdo el tiempo y me dedico á las lenguas vivas.

JUAN ANTONIO

¿Y á cuál has desplumado antes, al par, al embajador?...

TRINIDAD

A los tres. Pero el de más dinero era el embajador. Ya sabes que es viejo y loco por el cante flamenco. Te consta que yo canto bien...

JUAN ANTONIO

¡Como los ángeles!

TRINIDAD

Pues por el registro del cante, hecho un lila. Por cada tiento, un billete. Comprenderás que he agotado el repertorio del *Mochuelo*.

JUAN ANTONIO

Tú tienes la culpa de todo lo que nos pasa, y lo malo es que ya no tiene remedio.

TRINIDAD

(*Rápidamente.*) Ya lo creo que lo tiene. (*Variando de tono.*) Si casi me lo debes de agradecer. Sobre que yo no necesito administradores, porque á ti te costa que soy una mujer de mucho régimen; que con tres mesecitos de veraneo, yo estoy fardá para todo el invierno, y que cuando estoy en Madrid, que es casi todo el año, voy donde me da la real gana, y la noche que no quiero salir, pues echo un leño á la chimenea y me leo *La dama de las Camelias*, si quiero leer, ó si no, me pongo á jugar al tute con la criada, que no te creas tú que me pasa á mí lo que á otras, que, aunque caigan chuzos, tienen por fuerza que salir á la calle y echar un ratito de palique en el comedor de la Fulana ó en el peinador de la Mengana. Yo tengo peinadora que viene á mi casa á la hora que me apetece, y bien lo sabes tú, que bien de veces lo has visto.

JUAN ANTONIO

Bueno. Y todo este sermón, ¿á fundamento de qué? ¿A qué me vienes tú ahora con estos romances?

TRINIDAD

Pues á fundamento de que quiero que sepas

que, si yo vuelvo á colarme con un hombre, ¿lo entiendes?, no será con un buen mozo que guste y le gusten todas las amigas de su novia.

JUAN ANTONIO

No tienes ni pizca de razón. A mí ni me ha gustado, ni me gusta, ni me gustará nadie más que tú. Sí...

TRINIDAD

Si sigues por ese camino, tomo el coche y me voy. Todos sois iguales, conque no te molestes. *(Hace una pausa.)* Oye, bien le has dicho á Lía que soy una loca, y al final demuestro la procedencia. Esto no te lo perdono. ¿Le importaba á alguien lo que yo hacía de pequeña en mi pueblo? Antes lo sabías tú solo; ahora lo sabe todo Madrid.

JUAN ANTONIO

¡Todo te lo consiento menos eso! Eso es una infame calumnia; te juro por mis ojos que yo no he dicho una palabra. Quien lo ha contado todo ha sido tu madre, que en cuanto riñe contigo, que es un día sí y otro no, sale á la calle y te pone como un pingo. ¿Fuí yo quien contó que tú ponías una toalla en el balcón para indicarme que estaba el embajador?... ¿Fuí yo quien contó que una vez tuve que pasar por el verificador de contadores, porque llegó de improviso el bolsista?... ¿Fuí...?

TRINIDAD

(Interrumpiéndola.) No, no fuistes tú; cáyate ya. Si mi madre está loca, ¿tengo yo la culpa?

JUAN ANTONIO

¿Cuántas veces te he dicho que sin tu cariño no podía vivir?

TRINIDAD

Un millón, pero poco se conoce; bien te luces con Lía. La sicalipsis la ha puesto de moda. Chico, desde que está en postales, ha subido la tarifa. ¡Allá tú! Pero si supieras lo que dicen de ti... ¡Hasta tus amigos! Bien te ajustan las cuentas. Te critican hasta el pan que te comes.

JUAN ANTONIO

¡Y á mí qué me importa! Lo único que no me deja dormir tranquilo es...

TRINIDAD

Lía, ¿verdad?

JUAN ANTONIO

¡Tú, que harás que yo me levante la tapa de los sesos por no matarte á ti!

TRINIDAD

¡Uf! Ya empiezas á ponerte cursi y fétido *(Muy guasona.)* Oye, Juanito mío: si te pagas un tiro, deja una carta que diga: «Me mató por Trini-

dad; sin ella, la vida es amarga.» *(Riéndose.)* No te regalo una Browning por si la empeñas.

JUAN ANTONIO

(Enfadado.) Supongo que no me habrás citado aquí para tomarme el pelo, ¿verdad?

TRINIDAD

Ni por soñación. Te he citado para que me des aquellas papeletas del Monte. Ahora tengo dinero y quiero renovarlas.

JUAN ANTONIO

Me lo suponía que era para eso y te las he traído. *(Saca de la cartera unas papeletas y se las da; se levanta, disponiéndose á marchar.)* Tómalas. Si no quieres otra cosa de mí...

TRINIDAD

¿Tanta prisa tienes?

JUAN ANTONIO

Mucha prisa no tengo, pero ya es hora de cenar.

TRINIDAD

¿Quieres cenar conmigo? Te llevo á aquel gabinetito que tanto gusta, aquel azul del Ideal Room.

JUAN ANTONIO

No, no puedo. Me esperan.

TRINIDAD

¿Te espera Lía?

JUAN ANTONIO

(Tardando un poco en contestar.) Sí, me espera Lía.

TRINIDAD

(Poniéndose en pie.) Pues ya ves tú lo que son las cosas: hoy no cenas con Lía. *(Muy enérgica.)* ¡Hoy cenas conmigo!

JUAN ANTONIO

Te digo que no puedo. ¡Suéltame, mujer!

TRINIDAD

Pues si yo no te cojo... ¡Chico, estás loco!

JUAN ANTONIO

Más que loco. Creí que me habías cogido del gabán. *(Hace un esfuerzo.)* Bueno... ¡Adiós, Trinidad!

TRINIDAD

(Muy guasona.) ¡Adiós, hombre, adiós!

JUAN ANTONIO

(Llega hasta la puerta y vuelve precipitadamente.) ¿Me llamabas?

TRINIDAD

(Con estupenda frialdad.) ¿Quién, yo? ¡Ni á la ventana te asomes!

JUAN ANTONIO

(La coge una mano y, haciendo un supremo esfuerzo, dice:) Me pareció oír... pero no... ¡Adiós! (Se marcha precipitadamente.)

TRINIDAD

(Al ver que se marcha de verdad, corre tras él y le llama.) ¡Juan Antonio, escucha!

JUAN ANTONIO

(Al oír la voz de Trinidad, vuelve precipitadamente.) ¿Qué quieres?

TRINIDAD

(Un poco turbada.) Nada... que si habías pagado al camarero.

JUAN ANTONIO

No; tienes razón. Ha sido una distracción. (Da una palmada, viene el camarero y Juan Antonio le paga.) Anda, toma mi brazo, te acompañaré hasta el coche.

TRINIDAD

No, no quiero. (Muy mimosa.) Me tienes que acompañar hasta el Ideal.

JUAN ANTONIO

Como quieras; siempre te has de salir con la tuya. (Se acerca al coche para que monte Trinidad.)

TRINIDAD

(Mucho más mimosa y mirándole cariñosamente.) Andando, vamos andando.

JUAN ANTONIO

¿Al Ideal?

TRINIDAD

Pues claro está. ¿Temes que te vean?

JUAN ANTONIO

¿Temor? Al contrario. ¡Pues poquitas ganas que tenía yo de ir al Ideal contigo, pero no al gabinetito, sino al comedor grande, donde todo el mundo nos vea! (Trinidad despide el coche.) Oye, Trinidad, ¿y cómo mando por mi ropa á casa de Lía.

TRINIDAD

No mandes, déjasela como recuerdo. Así como así, es muy posible que le esté bien al que cubra tu vacante.

JUAN ANTONIO

Oye, ¿pero no vamos al Ideal?

TRINIDAD

No; vamos á casa, que nos espera madre con la mesa puesta.

JUAN ANTONIO

¡Tu madre! ¿Que me espera á mí tu madre?

TRINIDAD

Si hombre, sí.

JUAN ANTONIO

¡Chiquilla, lo que ha cambiao en diez días!

TRINIDAD

¿No sabes que cuando estás tú en casa se acuesta temprano, y en cuanto que regañamos, casi no me ve el pelo.

JUAN ANTONIO

Pues vamos de prisita, que ya tengo ganas de llegar.

TRINIDAD

Vamos como quieras, ¡negro mío! ¿Verdad que mío sólo?

JUAN ANTONIO

¡Qué duda coge!

TRINIDAD

Acuérdate de decirle á mi madre que, cuando mañana vaya Antonia, la Bonita, con unas medias para mí, que le diga que no las quiero, pero que lleve media docena de camisas de seda para ti. ¿Te parece?

JUAN ANTONIO

Como tú quieras.

TRINIDAD

Y por la tarde, á casa de Vergara, que te haga un traje, para que tires ese que llevas. Me huelas á Lía á cien leguas.

Y torna la vida pasada, la cadena en que el amor, los celos y las furias de la pasión son los eslabones que los protagonistas trenzan con su gentil cinismo. El corazón de la mujer galante tiene una inmensa cantidad de ternuras inéditas que no se gastan en los fermentidos simulacros de amor. Todo ese humano fondo de canalladas y de sacrificios los sabe despertar con su palabra mimosa y con su gentil apostura el amante de corazón. Ellas se dan todas plenas, y, más que mujeres, son llamas de la gran hoguera de la voluptuosidad. Para los que las compren, tienen el placer; para los preferidos, el amor. Es su desquite.

PEDID SIEMPRE ESTA MARCA

Se emplea con éxito
seguro en el reuma-
tismo articular agudo
y crónico y en la gota.

Es el mejor polvo
dentífrico y el más
económico



Sustituye en bondad
y es más económico
que todas las aguas
minerales usadas
para las enfermeda-
des del estómago

Gajas de pastillas
comprimadas de bi-
carbonato de sosa á
0,50 la caja

Latas que resultan más económicas, á 5 pesetas
CAJAS A 0,50 Y UNA PESETA

IMPORTANTE

A todos los que se suscriban á **EL CUENTO SEMANAL** por el segundo semestre del presente año, previo pago anticipado de 6,50 pesetas, se les regalará una elegantísima tapa para la encuadernación del mismo, la cual se les servirá con el último número del mes de Diciembre próximo.

Dirigirse á la Administración de **EL CUENTO SEMANAL**, Fuencarral, 90, bajo

PARA CASAS DE CAMPO

No hay luz que se asemeje en intensidad, blancu-
ra y fijeza, á la de incandescencia, por gasolina,
de la casa Laorden y Compañía, Atocha, 43,
Madrid.

Es inexplosiva. No produce humo ni olor.

Fábrica de corbatas

CAMISAS, GUANTES, GENEROS PE PUN-
TO, ELEGANCIA, SURTIDO Y ECONOMIA

Precio fijo :: CAPELLANES, 12 :: Precio fijo



Peluquería
de Señoras

LA COIFFURE de PARÍS

Postizos París in-
visibles. - Ondu-
lación natural.
Peinados alta
fantasía. - Bisoños
París, creación
:: de la casa ::

CORREDERA BAJA. 19
:: :: :: junto á Lara :: ::

TAPAS

para encuadernar el primer semes-
tre de este año de **El Cuento Semanal**

Son sumamente lujosas y artísticas :: Precio: **2** ptas.

Acompañad 0,25 céntimos para el certificado

Ayuntamiento de Madrid



O J E N

LO MEJOR DE LO MEJOR



El crédito mundial de que goza
este anís, único legítimo y que
se viene fabricando desde 1830,
lo debe á su exquisitez, finura,
irreprochable pureza y condicio-
nes higiénicas



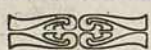
¡63 recompensas industriales!

GRAN PREMIO DE HONOR

Exposición Buenos Aires 1910

Hijo de Pedro Morales

Cosechero exportador de Vinos finos
y fabricante de la Ginebra "LA FAMA", Cognac,
Ron y Anisados secos



M A L A G A



Ayuntamiento de Madrid

IMPRENTA ARTÍSTICA ESPAÑOLA
SAN ROQUE, NÚM. 7, MADRID